

D O S S I E R

Acompañando al niño adoptado

CARMEN AMORÓS AZPILICUETA
Psicóloga Clínica, Psicoterapeuta y Consultora
organizativa



Cuanta más experiencia tengo y más conocimientos adquiero en estos temas de desamparo y adopción, más complejos me parecen. Y por lo que voy viendo, muchos otros compañeros también participan de este sentimiento. El tema no sólo es complejo, sino que además es difícil de tratar.

Los profesionales que intervenimos en temas de adopción hemos escuchado muchas veces “porque vosotros veis a los que no funcionan, pero hay muchos niños adoptados a los que no les pasa nada”. Yo no estaría de acuerdo, porque sí que les pasa: les pasa que vienen todos ellos de una experiencia de pérdida, de desamparo y algunos de abandonos muy duros (recuerdo un bebé que había sido echado a un contenedor). Todos han sufrido una profunda frustración, sentida a veces con mucha rabia y siempre con dolor, se exprese abiertamente o no. Que no se exprese o no se observe desde fuera, no quiere decir que no exista dentro de ellos, en su mundo interno.

El alcance y las consecuencias de esta experiencia traumática dependerán de las causas que han propiciado el desamparo y de la capacidad constitucional de cada niño para gestionar interna y externamente sus efectos. Dependerá también de la complementariedad o no que se

D O S S I E R

pueda dar entre el niño desamparado y los padres adoptantes.

La adopción no es el problema, el problema es el desamparo. La adopción está pensada para aliviar el problema, aunque a veces lo potencie.

A lo largo de los años que llevo tratando e investigando en estos temas, hay algunos niños que me han emocionado especialmente.

Por ejemplo, ahora cuando me paro a pensar para escribir este artículo, se agolpan en mi mente, con fuerza, las vivencias de algunos niños y familias con los que he tratado. Este sería el caso de una niña, adoptada en otro país a los poquitos meses de nacer. El proceso de vinculación con la familia adoptiva fue muy largo, muy duro y doloroso para ambas partes. La evolución ha sido muy buena. Pero esa experiencia traumática de ser desamparada sigue elaborándose internamente y son esos duelos los que acompañan a estos niños, yo diría, de por vida. Hace poco jugaba a hablar por teléfono con su madre de origen de la que nunca se ha sabido nada, y a la que la niña *necesita creer muerta*. En esa simulada conversación telefónica le explicaba a esa madre cómo le iban las cosas ahora, en la nueva vida adoptiva, expresándole: “No te preocupes, he sobrevivido”.

Esta niña muestra a través del juego ese sentimiento de haber sufrido una catástrofe interna, emocional, de la cual ha podido salir. Y eso ha sido favorecido porque los padres han podido

entender el alcance emocional del desamparo y, más allá de intelectualizar y teorizar lo que le pasaba, han podido comprenderlo y sentirlo con ella, que es de la única forma con la que se puede acompañar bien.

Por otro lado, su juego también muestra que no se puede obligar a los niños a que rompan internamente con el pasado. Estaríamos de acuerdo con Nancy Newton cuando expresa “... todos necesitamos la conexión biológica, histórica, emocional y existencial, que se niega a muchos niños adoptados...”. Esta niña a la que nos estamos refiriendo, como tantos otros niños desamparados, y después adoptados, necesitan “intentar curar esa herida primaria respecto a la cual no se tienen pensamientos conscientes, sólo sentimientos y recuerdos somáticos, y la sensación dolorosa de pérdida”.

La esencia del problema en los niños adoptados se sitúa en el desamparo y sus consecuencias. Cuanta menos negación exista en los vínculos adoptivos, más fuertes se constituirán los lazos emocionales en ese grupo familiar. Cuando decimos *no negar*, no nos referimos sólo a que se reconozca intelectualmente la experiencia traumática y la historia anterior, sino que nos referimos *esencialmente* a reconocer los sentimientos que genera la situación traumática. Muchas veces estos sentimientos no se expresan de forma directa, sino que quedan enmascarados tras síntomas, conductas, etc., muy alejados de esa realidad originaria. Algunas llamadas *hiperactividades*, por ejemplo, son expresión del dolor

D O S S I E R

interno insoportable. En muchos casos es como si el niño sintiera: “si me paro me muero”.

Se trata de apreciar, conectar sensiblemente con el mundo interno del niño en el aquí y ahora de la relación con él. Hay personas que lo consiguen desde su propia sensibilidad y por su capacidad intuitiva. Cuando eso no se da es cuando conviene dejarse ayudar por un profesional experto en esta materia. Hace unos años introduje un método de intervención con el niño y su familia, que se basa en *acompañar en los sentimientos* (Método AcSent).

Tenemos la experiencia de que cuando se recoge ese dolor, cuando se le ayuda al niño a entenderse en esos sentimientos internos, ese desamparo insoportable, esta hiperactividad cede en la mayoría de los casos. Es un trabajo que lleva tiempo y, a veces, a los padres y a los maestros les cuesta tolerar. Sin embargo, cuando se incide únicamente sobre la hiperactividad, ya sea con medicación o con métodos conductuales y pedagógicos, el niño empeora y lo que era un síntoma defensivo, utilizado como un dique para evitar “desfallecer”, se arraiga cada vez más invadiendo las capacidades yoicas. Son intervenciones que alimentan la disociación y dejan al niño desamparado en la soledad de su mundo interno.

Un adolescente, adoptado a los ocho años, a raíz de la recientísima muerte de sus padres, y habiéndose opuesto directa y claramente a la adopción tan inmediata, me comentaba: “Mi adopción ha sido un cortar y pegar”. Explicaba

que él tenía mucho dolor por la muerte de sus padres, preocupándole la pérdida, no sólo de éstos sino también de su país. Recordaba que ya desde las primeras semanas de ser adoptado, los padres estaban preocupados y muy encima para que él se adaptara a las nuevas costumbres, rindiera en los aprendizajes, etc. En cambio él: “a mí me daba igual comer con cuchillo y tenedor, ir a la escuela, aprender, hacer deberes. Yo me sentía solo y fuera de mi lugar”. “No se daban cuenta de lo que yo sufría por dentro”. “Yo me hubiera quedado en mi país” (su familia biológica extensa no se podía hacer cargo de él). “Lo duro fue que se murieran mis padres”. Estos padres lo hacían con su mejor voluntad, pero no conectaban con los sentimientos dolorosos, con los duelos y es lo que hizo que la relación parento-filial y la actitud frente al aprendizaje se hiciera cada vez más difícil.

La necesidad básica de un niño adoptado es la de ser acompañado internamente. Para acompañar *es necesario comprender, sentir con él*.

Todos los niños difieren entre sí y por tanto no pueden ser tratados del mismo modo. Pero el niño adoptado, además, encierra una especificidad en relación a los otros niños. De la misma forma que una familia adoptiva encierra una especificidad en relación a una familia biológica. La complejidad del tema obliga a reflexionar constantemente.

Son muchas las disciplinas profesionales que inciden sobre los niños adoptados y sus familias.

D O S S I E R

Desde mi punto de vista todos los profesionales desde la disciplina que sea están obligados a tratar la especificidad. Para que las intervenciones profesionales no tengan efectos iatrogénicos y no se solapen, es bueno que se comuniquen de forma articulada y se ayuden los unos a los otros para acercarse de la mejor manera a la realidad interna de los niños y sus familias.

Si queremos ayudar a un niño tenemos que acercarle la comprensión de sus padres.

BIBLIOGRAFÍA

Amorós, C. (2008) "Desamparo y adopción desde la perspectiva del menor". *Revista Intercauvis*. n° 21, Noviembre: p. 7-12. Barcelona.

Newton, N. (2010). *El niño adoptado. Comprender la herida primaria*. Barcelona: Albesa.

Wiemann, I. (1991). *Niños acogidos y adoptados*. Reinbek: Rowohlt Taschenbuch Verlag..

